

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 118

40 Cents.

22 MAYO
1927

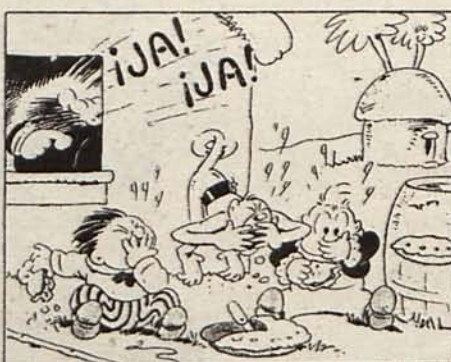


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL GUAPITO CANELA.

AQUÍ no hay más valiente que yo —piaba un hermoso canario holandés, el más corpulento de los cuarenta que entre machos y hembras poblaban la pajarera—. Desde hoy no me ocupo en arreglar mi nido ni en llevar la comida a mis pequeñuelos. Vosotros, gandules, seréis los encargados de esos menesteres. Un canario de mi categoría no puede descender a tan ruines ocupaciones.

Y sea lo que fuere, el caso es que el mozo vivía de valiente y traía atemorizados a todos sus compañeros de pajarera.

Relatando los fieros casos y los tremendos lances en que había demostrado su valor, refería uno, sobre todo, que hacía poner las plumas de punta a sus compañeros.

—Una noche oscura y medrosa —decía—, estaba acurrucado en mi nido, que era una casita muy decente, escondida entre las ramas de un hermoso naranjo. cuando sentí un ruido sospechoso. Mi mujer se alarmó y mis hijos se asustaron. Pero como yo soy tan valiente, les dije: «Confíad en mí y no os asustéis. Sobre todo, no hagáis ruido.»

»Salté de mi cómodo lecho, y con el mayor silencio posible me separé un buen trecho del naranjo y escuché.

»Nada alarmante oí, y entonces me coloqué en las ramas más altas de mi arbolito. Desde allí, vuelto todo ojos y oídos, continué mi observación. Nada, ni una sombra, ni el susurro de una hoja.

»Por fin, después de unos instantes, vi moverse, a cosa de un revuelo, un bulto sospechoso. Era una serpiente que subía en busca de mi nido.

»—¿Sí? Pues buen chasco te vas a llevar —me dije; —y, volando con todas mis fuerzas, fui en busca de una cigüeña, antigua conocida de mi familia, que habitaba en lo alto de una torre.

»—¿Conque una serpiente? —dijo al relatarle lo que ocurría—. ¡Menudo guisado se me prepar!

»Y, tomándome por guía, avanzó velozmente hacia mi naranjo.

»Llegamos sin ser vistos, y como el viaje fué rápido,

el reptil no había podido llegar aún hasta mi casa.

»La cigüeña no se anduvo en chiquitas. Era persona formal y le gustaba cumplir lo prometido. En menos tiempo que tardo yo en pedir los cañamones, se abalanzó sobre el animalejo y, cogiéndole por el pescuezo, le dió un tirón formidable.

»Pero la serpiente se resistía, abrazada al tronco, y silbaba de un modo que daba miedo... a todos, menos a mí, naturalmente, porque yo, como os he dicho, soy un águila en cuanto a coraje y facultades.

»Por fin, la serpiente se soltó del tronco, creyendo que podía escapar de mi comadre la cigüeña; pero la tonta se equivocó de medio a medio. Tomó carrera y logró emboscarse en una mata de esparto; pero allí la

seguimos, y yo la divisé y denuncié el escondite a mi compañera, que metió el pico y la agarró por el cuello.

»Y entonces, ni visto ni oído; levantó el vuelo mi comadre y se llevó su presa allá arriba, muy arriba, como a tres voladas nuestras. Desde allí la dejó caer, y al chocar contra el suelo murió aplastada. Aquella noche se dieron buen hartazgo la cigüeña y su familia. Por supuesto que, al despedirse de mí, me pasó el pico por el lomo, acariciándome y llamándome su amigo del corazón.

»Conque ya veis si tengo motivos para llamarme valiente».

Y así pasó una temporada viviendo de su valor y obligando a los otros canarios a que le hicieran todos sus menesteres.

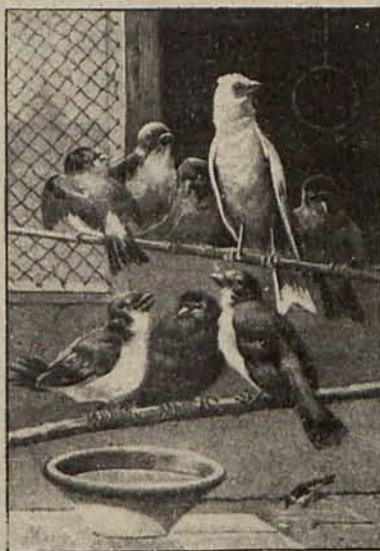
Pero llegó la temporada siguiente; un jilguero de pintarrajeadas plumas y de carácter francote y juguetón entró en la pajarera.

El primer día, nuestro canario holandés leyó la cartilla a sus subordinados.

—Aquí —dijo— no hay más voluntad que la mía, y el que lo quiera así que lo tome, y, si no, ya se las entenderá conmigo.

—¿Qué es esto? —preguntó el jilguero, sorprendido—. ¿Es éste el matón de la pajarera?

—Sí, señor —dijo un canario viejo y, por lo mismo,





enemigo de meterse en libros de caballerías—; ahí está ese mozo que dice haber hecho cosas terribles; y como la presencia le ayuda, hay que bajar el pico y evitarse un compromiso. Yo —añadió—, aquí donde usted me ve, con mis cinco años a cuéstras tengo que humillar mis canas y barrerle el nido de la inmundicia con que su familia lo llena. Otro, tan viejo como yo, tiene que peinarle ese moño que usted le ve, y un jovencito de seis meses le barniza las uñas con el pico. ¡Ay, amigo mío! ¡Si tuviera dos años menos, ya se lo diría yo a ese guapo!

Así las cosas, nuestro jilguero estaba tan tranquilo, cuando a la siguiente mañana, apenas se desperezó la alegre turba canaria, el canario avanzó hacia el recién venido y le dijo, sobre poco más o menos:

—¡Amigo mío! No sé si te habrás enterado de quién soy yo, y, suponiendo que sí, te digo que desde ahora mismo quedas a mis órdenes, en calidad de criado, para hacer los recados de la casa y llevar el agua a la familia.

—Usted se ha equivocado, sin duda —repuso el jilguero—; ni yo sirvo para asistente, ni usted es bastante amo para mí. Conque, dejemos la fiesta en paz; mire usted que yo soy *Canela*.

—¡*Canela*! —repitió el holandés, un tanto acobardado.

—Sí, señor: *Canela*, y a mucha honra.

El canario pensó que se trataría de algún valiente célebre.

—Eso es otra cosa; si usted es *Canela*, somos dos guapos, y no podemos reñir. Haga usted lo que quiera, compadre, que a nosotros no hay quien nos tosa.

—No es eso, amigo; es que desde mañana me va usted a limpiar a mí las uñas, y le vendrá a usted muy ancho.

El canario retrocedió viendo que el jilguero tenía gana de pelea. Pero estaba allí toda la turba de canarios formando corro, y se avergonzó de una retirada deshonrosa. Era preciso mantener el pabellón.

—Además —pensaba—, yo tengo más fuerza que él, y en dos picotazos lo descuartizo. Hay que luchar, y lucharé.

Y decidido a todo, avanzó sobre su adversario, que ya se había afilado el pico y con las alas abiertas se aprestaba al combate. Entonces se trabó una lucha digna de una epopeya.



El canario, con el moño erguido, arrastrando las alas y los ojos chispeantes de coraje, se lanzó con el pico abierto, contra el jilguero; pero éste esquivó el golpe y aplicó a su contendor un soberbio aletazo en un ojo, obligándole a cerrarlo y a dar dos pitidos de furor.

Por fin se agarraron: el holandés creía que la lucha cuerpo a cuerpo le daría ventajas; pero no había contado con la agilidad de su adversario.

En menos de un minuto le propinó *Canela* veinte picotazos terribles en el pecho y en el vientre, y, por último, agarrados por el pico, pulsaron sus fuerzas, y el holandés, ya extenuado de fatiga, tuvo que declararse vencido, huyendo cobardemente a un rincón de la pajarera.

Los demás canarios, indignados y queriendo vengar sus agravios, se lanzaron, sobre el acobardado holandés, pretendiendo rematarle.

Entonces todos eran más valientes que él.

—¡Cobardel! —gritaban:

—¡Y pensar que tú me has hecho barrerte y limpiar-te el nido!

—¡Y a mí llevarte el agua!

—¡Y a mí recogerte los cañamones que se te caían!

—¡Y a mí darte la mitad de mi comida!

Y todos se abalanzaron sobre el desdichado, que, lleno de miedo, se entregaba a discreción.

Pero el jilguero dió un revuelo, y, plantándose delante del vencido, gritó:

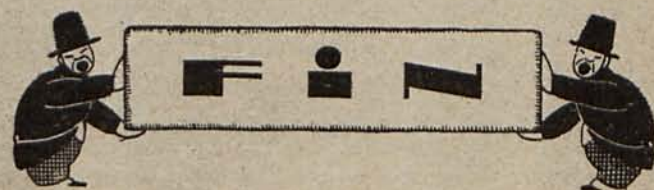
—Nadie se meta con él, si no quiere reñir conmigo.

Esto paralizó a todos.

—Es una cobardía —añadió— acometer tantos canarios a uno sólo. Si yo reñí con él, fué para demostrar que los valientes y los buenos cañamones duran poco. Yo no quiero cobrar el barato: se acabaron la valentonadas; todos somos iguales. A comer y plumi-llas a la mar.

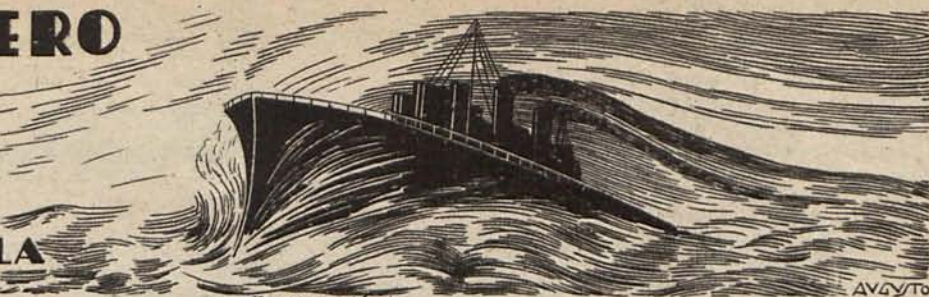
Y así acabó el reinado del canario holandés, con todas las jefaturas que se basan en el despotismo o en la ley del más fuerte.

A lo mejor, al déspota, le sale al paso un *Canela*.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

El ex ladrón miró en derredor y sonrió maliciosamente. —Recapitulemos —prosiguió—: hemos seguido a nuestro hombre, hemos averiguado el lugar donde habita, hemos sabido, por medio del más honrado y locuaz cafetero de Batavia, que es una buena persona que ha venido hace pocos meses a establecerse aquí; que se hace llamar Anselmo Partisan —nombre y apellido extraordinariamente ridículos—, y, en fin, que hace la vida más retirada y ejemplar del mundo.

Lo cual no impide que sea el más perfecto canalla que se pasea por el mundo.

Evidentemente este soliloquio se refería a la caza que Mop había dado al hombre en quien Alberto Wendover había reconocido a Flaxman, antiguo cajero de la casa Losbter.

Dicha caza había sido tan pobre de incidentes notables, gracias a la habilidad y precauciones usadas por Mop al efectuarla, que el ex ladrón, obtenidos los informes que le corría prisa conocer y satisfecho de su obra, se había apresurado a ir al Hotel de Holanda para referirle todo a su comandante y tomar los oportunos acuerdos para una acción rápida y decisiva.

Es preciso decirlo: Mop, furioso y desesperado por la equivocación cometida, creyendo reconocer en el capitán Jaime Davy al autor de la trama infernal que había perdido a Alberto, estaba animado de los más terribles propósitos contra el verdadero culpable, que la casualidad le hacía ahora aparecer ante los ojos.

Se proponía conducir a Flaxman a bordo de la nave amarrada en el puerto; desplegar velas con rumbo a la Isla Innominada, y, apenas llegados a alta mar, organizar una fiesta pirotécnica, cuyo mejor número habría de constituirlo aquel canalla de cajero, transformado, mediante la pez y el alquitrán, en una antorcha viva.

Mop llamaba a esto una fiesta verdaderamente magnífica.

Los sucesos acaecidos durante su ausencia en el Hotel de Holanda habían desconcertado un tanto su admirable plan; la fuga de Alberto Wendover, de forma tan poco tranquila, indicaba un peligro serio y urgente, al cual no tardaría en añadirse el escándalo producido por la fuga misma y la persecución a través de un barrio tan populoso como aquel.

Mop reflexionaba sobre todas estas consideraciones, cuando dos hombres y un perro aparecieron a la puerta del hotel.

Mop reconoció en seguida al animal.

—¡Oh! —exclamó sobresaltándose y escondiéndose para no ser descubierto—. ¡Black junto a dos desconocidos!... Veamos; éste nos ha hecho alguna diablura.

Púsose a observar y vió a uno de los hombres inclinarse sobre el perro, acariciarle y hacerle oler un objeto que le pareció un sombrero; hacer un rápido ademán con la mano derecha, recto el índice, como diciéndole:

—¡Sus, búscale!

Black comenzó a mover la cola alegremente; dió tres o cuatro saltos; luego marchó, hoció en tierra, volviéndose de vez en cuando para asegurarse de que los dos incógnitos le seguían.

Estos pusieron en camino y pasaron a poca distancia de Mop, que en aquel momento era todo ojos y oídos para ver y escuchar. El ex ladrón oyó al hombre que había acariciado al perro decir a su acompañante:

—No conocéis a Black, señor Cónsul; os aseguro que encontrará la pista del fugitivo, por grande que sea la dificultad que a ello se oponga; tiene un olfato maravilloso este animal.

Mop se estrujó furiosamente la cabeza.

—¡Por la barba de cien mil javaneses! —murmuró entre dientes—. ¡Si no me vuelvo tarumba ahora, moriré, de seguro, en la vieja piel de un sabio griego!... He aquí uno que habla de Black como si le hubiese visto nacer, y tiene una voz que trae a mi mente recuerdos extraños. ¡Caramba! Juraría haberla oído ya... ¡Ah! Si los muertos resucitasen, sería cosa de creer que el pobre capitán Davy...

Se interrumpió viendo que un camarero del hotel salía corriendo y se dirigía hacia una plaza vecina en que había algunos coches parados.

Mop esperó, pues una voz secreta le decía que todos aquellos sucesos más o menos notables, todos aquellos detalles, comprendidos aun los más insignificantes, tenían entre sí cierta relación y un solo punto de partida: Alber-

to Wendover. No se engañaba; poco después llegó el camarero con uno de los vehículos, en el que subieron inmediatamente un anciano y una jovencita, ordenando al cochero:

—¡Al puerto, a escape!

Mop no reconoció a la joven, pero dióse cuenta al momento de quién era el anciano.

—¡El del penitenciario de Liverpool! —murmuró abriendo de par en par los ojos—. Pero entonces la carta que recibió el comandante es auténtica; sir Winter y su nieta Lucy existen en realidad y no hay tal trampa, a menos que el presidente de los fenianos haya traicionado la confianza que habíamos puesto en él. ¡Ah! ¡Por todos los diablos! Yo me confundo... ¿Quién me sacará de este horrible embrollo?... Ea, Mop, perezoso... Muestra tu agilidad al culto público javanés; uno, dos, tres..., ¡arriba!

El coche en que se habían acomodado miss Polly y el viejo pasaba en aquel momento a pocos pasos del ex ladrón.

Dió éste un salto con habilidad digna del primer clown de cualquier circo, y se encontró acto continuo de pie sobre el estribo, el pie derecho en el aire, una mano agarrada a la portezuela y la otra con el índice apoyado sobre la punta de la nariz y la barbilla.

—¡Silencio, Presidente! —dijo en voz baja antes que los dos viajeros pudieran dar un grito o hacer un gesto—. Soy Mop; he recibido hace poco sobre la espalda un proyectil consistente en el cuerpo de mi señor y amo, mister Alberto Wendover, y como me encuentro a oscuras de todo por causa de aquel canalla de Flaxman, vengo a pedirnos explicaciones... Con vuestro permiso.

Y sin esperar respuesta, el desenvuelto pícaro colóse dentro y se acomodó en uno de los asientos que quedaban vacíos, frente al anciano y a miss Polly que le miraban más atónitos que espantados.

V

BLACK EN ACCIÓN



ODAS las posesiones que tiene Holanda en Oceanía bajo el poder absoluto, civil y militar de un Gobernador llamado *Gran Señor*, no cuentan más que con un ejército de 30.000 hombres (1), la mitad europeos, y de ellos sólo una parte holandesa; la otra mitad, malayos, mulatos, árabes, indios, negros, que se encuentran mezclados aún en el mismo batallón, en la misma compañía, al mando de oficiales y suboficiales europeos.

A este elemento, en su mayoría indígena, pertenecían los soldados que formaban el piquete que, al mando de un suboficial, un jovencito bajo, rechoncho, verdadero tipo de flamenco, se había lanzado en persecución del comandante del *Crucero sin nombre*.

Después de caer como un bólide sobre la espalda de Mop, Alberto levantóse con rapidez, ganó la bocacalle de una vía secundaria y se internó en ella, desapareciendo a los ojos de sus amigos, después de haber derribado a dos redondos y pacíficos hijos del Celeste Imperio que, metidos en una animada discusión sobre el precio del azúcar, no le habían cedido el paso a tiempo.

Los dos desventurados chinos se levantaron furibundos, chillando como papagayos desplumados, lo que sirvió para que se reuniese en torno de ellos tal cantidad de personas, que la calle quedó obstruida por completo.

La consecuencia de este simple hecho fué que los perseguidores de Alberto Wendover encontraron impedido el paso y cuando consiguieron atravesar aquel obstáculo humano era demasiado tarde.

El fugitivo había tenido tiempo bastante para eclipsarse completamente.

Sin embargo, si los soldados del Gobernador de Java habían quedado tan pronto y, gracias a Dios, tan *incruentamente* desbaratados, uno de los más importantes personajes de nuestra narración no había perdido ni por un mo-

(1) Considérase que sólo la isla de Java tiene cerca de 19 millones de habitantes, de los cuales son europeos unos 50.000.

mento el rastro de Alberto y le seguía con aquella fidelidad ejemplar que demostraba en todas sus empresas.

Esté singular personaje era Black.

El gran alano guiaba a su dueño y al cónsul inglés por la calle en que había acaecido el desagradable trance a los dos celestes acaudalados y los tres llegaron juntos al pelotón en el momento preciso en que los soldados se miraban unos a otros buscando en sus respectivas caras una inspiración cualquiera.

El cónsul interrogó al suboficial y, oídos los pormenores de lo sucedido, movió la cabeza.

—Creo que por hoy nos ha fallado la empresa —dijo volviéndose al capitán Davy.

—No —contestó éste con resolución—; volveremos a encontrar a ese bribón.

—¿En qué fundáis vuestra seguridad?

—En Black; miradle cuán impaciente está por echar a correr.

—En efecto, parece que nos mira como preguntándonos qué hacemos aquí.

—Justamente; sigámosle.

—Vamos allá.

—Adelante, pues.

—¿Y los soldados?

—Que vengan detrás a la distancia que convenga.

—Está bien.

—En marcha.

Black, al darse cuenta de que había sido comprendido, dió algunos saltos de satisfacción, luego, como si se arrepintiese de haberse entregado a actos indignos de un perro que tenía a su cargo funciones tan importantes que desempeñar, tomó un paso moderado y serio, ocupándose tan sólo de cumplir bien con su deber.

Black, durante los tres meses de abundancia que habían pasado desde el día en que fué recogido a bordo del crucero, se había hecho, como quien dice, un guapo... chuchó: gordo, redondo, reluciente, pulido que daba gusto verlo.

Todo esto era obra de Mop, y Black lo sabía y se complacía en ello, reservando a su amigo una profunda gratitud. Los lectores comprenderán fácilmente que Black, en tan buen estado, había de suscitar la admiración de sus hermanos y, sobre todo, de sus hermanas, las cuales intentaban seducirle haciéndole guiños.

Pero el fiel alano era prudente, tenía en mucho su buen nombre y por eso resistía con admirable tenacidad a toda tentación que se le ofrecía a lo largo de la calle.

Y para resistir mejor llevaba el hocico junto al suelo y los ojos bajos, no concediendo a ninguno ni siquiera una mirada, lo que había que interpretar como manifestación de su celo.

De cualquier modo que fuese, él consiguió llegar hasta el final de la calle sin inconveniente alguno, orgulloso de haber sabido vencer toda tentación, y allí se quedó parado de pronto.

La calle desembocaba en el centro de otra, en ángulo recto, formando como una gran cruz a la cual faltase el extremo superior.

Black paróse allí, sobre sus cuatro patas, olfateando el aire hacia arriba y hacia abajo en la nueva calle, luego comenzó a ir y venir con el hocico pegado a la tierra, dando muestras de viva agitación.

El cónsul inglés y el capitán Jaime Davy llegaron adonde él estaba.

—¡Oh! —hizo el primero, observando aquella manobra—, vuestro perro está inquieto, *mister*; mirad.

—¿Habrà perdido el rastro que hasta ahora ha seguido?

—Es extraño.

—¿Qué?

—Que parece indeciso sobre la dirección que ha de seguir.

—En efecto, así es.

—Corre hacia una parte, luego vuelve atrás y va en dirección opuesta para volver de nuevo, ansioso y agitado.

Cuanto afirmaba el cónsul era cierto; la conducta de Black sorprendía.

Se veía que el animal estaba indeciso por haber encontrado un nuevo rastro que le había llamado la atención haciéndole perder el primero. Miraba a su dueño con ojos suplicantes como implorando consejo, una simple indicación, y luego seguía buscando...

Finalmente se decidió, marchando resueltamente hacia el antiguo puerto.

—Lo suponía —dijo el capitán Davy—; Black nos guiará sin duda a cualquier nave atracada al muelle.

—¿Lo creéis así?

—Ya veréis.

—¿Creéis que ese hombre se haya refugiado en el puerto?

—Sí.

—¿A bordo de algún barco?

—Decid mejor de *su* barco.

—¡Demonio!

—Es así.

—En ese caso lo cogeremos como a zorra en su madriguera.

—Precisamente.

—Vive Dios, *mister*, que vuestro perro es un portento.

—¿No os lo he dicho?

—Pero...

—¿Qué?

—¿Y si se equivocase?

—Vamos, no lo penséis siquiera; estoy seguro de Black.

—Tanto mejor.

—Señor cónsul...

—*Mister*...

—¿Lleváis armas?

—Tengo un buen revólver.

—Bien.

—¿Y vos?

—¿Yo?... Tengo dos.

—¿Revólveres?

—Claro.

—¡Caracoles, *mister*, tomáis precauciones!

—No bastan, señor cónsul.

—Sobre todo cuando hay que tratar con un canalla tan audaz y afortunado.

—En efecto.

—¿Creéis que Alberto opondrá gran resistencia?

—Sin duda; al verse perdido se dejará matar antes de entregarse vivo en nuestras manos.

—Le mataremos si es preciso.

—Sí; pero convendrá hacer lo posible por cogerle vivo.

—Eso corre a cargo de los soldados malos que nos siguen.

—¡Ah!

—No me extrañaría que entre ellos hubiese alguno capaz de lanzar un lazo corredizo como el más hábil de los estranguladores indios que adoran a la horrible diosa Kâli o como un verdadero gaucho de la pampa argentina.

—Silencio, señor cónsul.

—¿Qué ocurre?

—Mirad a Black.

Habían llegado al puerto viejo; a lo largo del muelle estaban amarradas las naves de carga en medio de una gran actividad de *coolies* chinos, ganapanes malos, árabes, negros, que descargaban mercancías o cargaban fardos, cestas, cajas, con estrépito ensordecedor, en que se mezclaban gritos, palabras, voces de mando en todas las lenguas, en barcos de todas las nacionalidades y de todas clases y formas; desde el *junco* hasta el trasatlántico, desde el *praho* al bergantín-goleta, todos ellos señalados con un pedazo de tela de colores que formaban toda la escala cromática: ¡la bandera, la tan querida bandera!

De tan singular y pintoresca variedad no pueden dar idea nuestros puertos, en los cuales reina de ordinario una casi perfecta uniformidad de costumbres y colores; y siéndonos, por otra parte, imposible hacer una descripción más detallada y eficaz, dejamos a la fantasía de nuestros lectores que se lo imaginen. Black, en aquel caos de cosas y de hombres, prosiguió obstinadamente su camino, sordo a todo, y fué a pararse frente al embarcadero de un velero de tres palos amarrado junto al muelle.

A bordo se notaba una gran animación, que no escapó a nuestros amigos.

—¿S. rá este el barco de ese granuja de Alberto Wendover? —murmuró el cónsul inglés después de haber dado orden a los soldados de ocultarse y de estar listos a socorrerles.

—¿Por qué no? —preguntó el capitán Davy.

—Parece el más pacífico barco mercante de los que surcan los mares.

—¡Hum!

—Fijaos; está terminando su cargamento de azúcar de Java.

El capitán Davy se encogió de hombros.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
SALGARI:

La costa de marfil. Dos tomos.
Los marineros de Alaska. Tres tomos.
Los pescadores de Trepang. Dos tomos.

CADA TOMO,
1,25 pesetas.

EL CEMENTERIO

FLOTANTE

CUENTO POR EMILIO SALGARÍ

(Continuación.)

HABÍAN transcurrido muchas horas, Dios sabe cuántas, cuando Jam, que se había acurrucado en el ataúd, oyó unos golpes que parecían llegar de la parte de popa.

Alguien golpeaba contra un ataúd, tratando de moverlo o derribarlo. Su pensamiento voló en seguida a Joe.

—Debe ser él que hace esfuerzos para salir —pensó el bueno de Jam.

Saltó fuera del ataúd y se puso al acecho. Sí, golpeaban allá abajo, hacia popa.

Jam lanzó un grito sin pensar que alguien de la tripulación pudiese oírle:

—¡Joel ¡Joel

Una voz lejana y ahogada contestó poco después, mientras cesaban los golpes.

—Tiene necesidad de ayuda —se dijo Jam—; pase lo que pase voy en su socorro.

Cargó con sus víveres, precaución prudente, pues era poco probable que en aquella obscuridad pudiese encontrar de nuevo su ataúd, y avanzó a tientas, pasando por encima de aquella inmensa extensión de féretros.

Los golpes, después de un corto silencio, habían

vuelto a oírse y guiaban al irlandés, que seguía subiendo y bajando, y cayendo de vez en cuando en los huecos dejados entre las hiladas de ataúdes.

De aquel modo había llegado casi al extremo de aquella enorme cantidad de féretros. Los golpes resonaban más abajo y cada vez más violentos.

—¡Joel ¡Joel —gritó Jam.

—¿Sois vos? —preguntó una voz ronca.

—Sí, amigo mío. Tened un poco de paciencia; dejadme bajar y acudiré en socorro vuestro.

—¡Me ahogo! Debe haber varios ataúdes encima del mío.

—Los iré quitando.

Jam empezó a bajar con precaución para no correr

el peligro de desnucarse, pues no veía el fondo de la bodega, y pudo llegar por fin al sitio donde se encontraba sepultado su desdichado compatriota. Los marineros, por una fortuita combinación, habían colocado el ataúd de Joe en el borde de aquella inmensa capa de féretros. Si lo llegan a colocar en medio, seguramente el pobre diablo no hubiese podido ser libertado. Tenía encima cuatro o cinco féretros, o por lo menos así parecieron a Jam. Derribó uno, después otro, otro más, y

pudo libertar al fin a Joe. La tapa había sido abierta ya por el prisionero.

—Gracias, amigo mío

—dijo Joe levantándose

con gran fatiga y estre-

chando efusivamente las

manos de su salvador—.

Sin vuestra ayuda no ha-

bría podido salir nunca

de mi prisión y me hu-

biese muerto de hambre

y de sed. ¡Cuántas angus-

tias en tan pocas horas!

¡Os juro que no intentaré

jamás una cosa semejan-

te! ¿Y vos?

—He podido librarme

en seguida del féretro

que tenía encima, pues

no era más que uno,

mientras que vos teníais

cuatro o cinco.

—¿Anda el barco?

—Debemos estar ya muy lejos de San Francisco.

—Cuando estemos un poco más en alta mar, podremos hacer nuestra aparición en cubierta.

—¿Nos tenemos que presentar a la tripulación? —preguntó Jam.

—¿Preferiríais quedaros dos semanas más aquí, sin respirar una bocanada de aire puro y sin ver un rayo de sol?

—¿Cómo nos acogerá el capitán?

—Algo mal; pero al fin y al cabo no nos echará al agua. Nos hará trabajar, y para ello tenemos brazos robustos. Pero le aconsejo que permanezcamos aquí tranquilamente mientras nos queden víveres.

—¡Será una vida bien poco alegre!





—Que durará unas cuantas semanas —dijo Joe riendo—; pero que nos permitirá desembarcar en China.

Y he aquí a los dos irlandeses convertidos en dos Robinsones en el reino de las tinieblas.

No lo pasaban del todo mal, aunque sin luz. Sin luz verdaderamente no estaban, porque Joe había traído consigo un paquete de velas, y durante las noches se permitían el lujo de unas cuantas horas de luz.

Hacían regularmente sus comidas de jamón y carne en conserva, fumaban alguna pipa de buen tabaco americano y dormían más de la cuenta en un rincón de la bodega, encima de un montón de velas viejas.

A los ocho días los veres se habían terminado y la sed empezaba a atormentarles.

Había llegado el momento de cargarse de valor y de afrontar la tormenta, que no pasaría, de seguro, sin contratiempo, siendo el capitán más que riguroso con aquellos que trataban de embarcarse sin gastar un céntimo.

Después de un momento de duda, sirviéndose del último pedazo de vela para guiarse hasta la escotilla, se pusieron los dos a golpear con todas sus fuerzas, con sus puños y piernas.

Al principio nadie contestaba, pues seguramente el ruido de la máquina ahogaba los golpes. Pero al cabo de cinco minutos largos, y cuando ya empezaban a desesperar, oyeron un ruido de herrajes y, por último, les cegó una oleada de luz. Unos hombres habían aparecido en el borde de la escotilla, lanzando gritos de estupor. Unos robustos brazos les cogieron, sacándoles a cubierta, sacudiéndoles brutalmente.

—¿Quiénes sois? —preguntáronles.

—Dos desdichados —contestó Joe—. Llevadnos ante el capitán.

Una voz gruesa gritó:

—¡Al capitán! ¡Sois dos tunantes que queríais viajar gratis! ¡Ah! ¡Ya sabréis lo que es bueno! Muchachos, atad bien fuerte a estos bribones y azotadlos.

El contraestre era quien había dado esta orden.

Ya los marineros arrastraban por la cubierta a los dos infelices para atarlos al palo mayor y preparaban

las cuerdas de nudos, cuando se oyó una voz imperativa.

Un hombre de larga barba, que llevaba una gorra galoneada, apareció de pronto encima de cubierta.

—¿Quiénes son estos dos jóvenes? —preguntó, mientras los marineros se escurrían.

—Dos sinvergüenzas, capitán, que se han embarcado a hurtadillas para viajar gratis —contestó el contraestre.

El capitán examinó atentamente a Joe y a Jam, con el entrecejo fruncido, y después dijo:

—Llevadlos a mi camarote.

Cuando estuvo solo con los dos irlandeses, les inter-

rogó acerca de los motivos que les habían obligado a embarcarse clandestinamente.

Después de haberles escuchado, ya no tenía el entrecejo fruncido.

—Podéis dar gracias de haber encontrado en mí a un compatriota y a un hombre de corazón —les dijo por fin—. Os dejo terminar el viaje, pero, en cambio, trabajaréis en lo que podáis. Marchad a la cocina a que os den de comer.

Once días después, Joe y Jam Paddy desembarcaban felizmente en Cantón, llevando unos cuartos, producto de una colecta hecha entre los

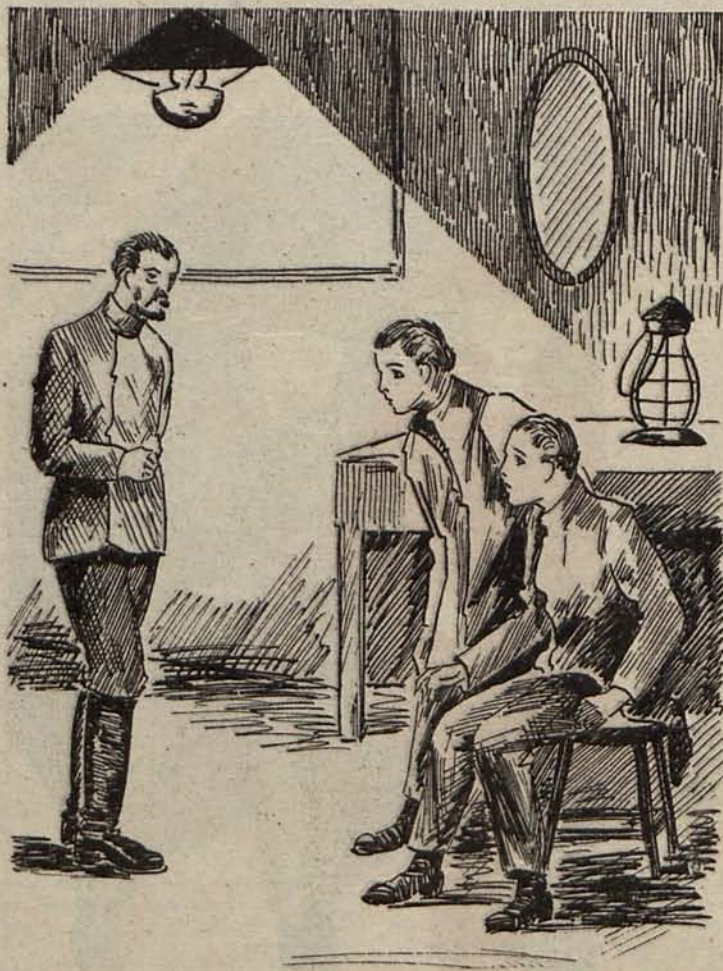
marineros, que habían podido apreciar, hasta en aquellos pocos días, las buenas cualidades de los dos jóvenes.

Cuando Paddy llegó a la casa en donde se hospedaba su anciano padre, tuvo una alegre sorpresa. El anciano había vencido la grave enfermedad y estaba ya en plena convalecencia.

Joe y Jam ahora son socios y hacen excelentes negocios comerciando en té.

El viejo Paddy se pasa todo el día fumando su pipa, vigilando la dependencia de los dos socios y por ahora no tiene el menor propósito de marcharse al otro barrio.

FIN



COLORÍN Y SU PANDILLA



¡CÁ, COMO NO SE LO TRAGUE LA TIERRA!



CUANDO VENGA YO LO ENTRETENDRE Y VOSOTROS LE ECHÁIS ESTE BARRIL ENCIMA!

¡YO AVISARE CUANDO VENGA!



¡AHÍ VIENE! ¡AHÍ VIENE!



¡SI!



¡SI!



¡SI!



¡PLAFF!



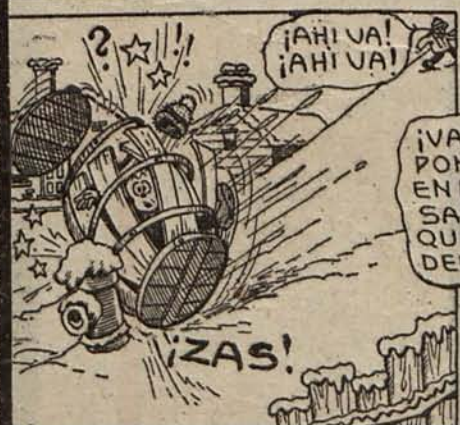
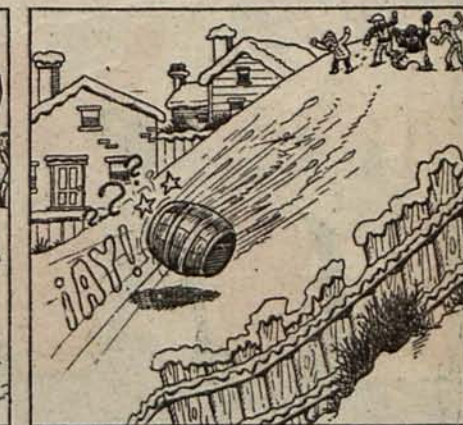
¡AHORASI QUENO SE NOS ESCAPARA!

¡DEJADME SALIR DE AQUI!



¡AHÍ VA!

¡OLÉ!



¡AHÍ VA!



¡DEBE ESTAR FURIOSO!

¡CUALQUIERA SE ARRIMA EL!

¡VAMOS A PONER PIES EN POLVOROSA, ANTES QUE SALGA DEL TONEL!



¡QUE BARBARIDAD!

¡NIQUE HUBIERA RODADO HACIA ARRIBA!

¡YNO TIENE NI UN MAL CHICHON!

BRANDER
REG. U.S. PAT. OFF.
COPYRIGHT 1921
CHICAGO TRIBUNE

A LOS PINOCHISTAS AMERICANOS

LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase: (Catálogos gratis). Aun tratándose de pedidos muy pequeños, es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen este servicio con España, y que son: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



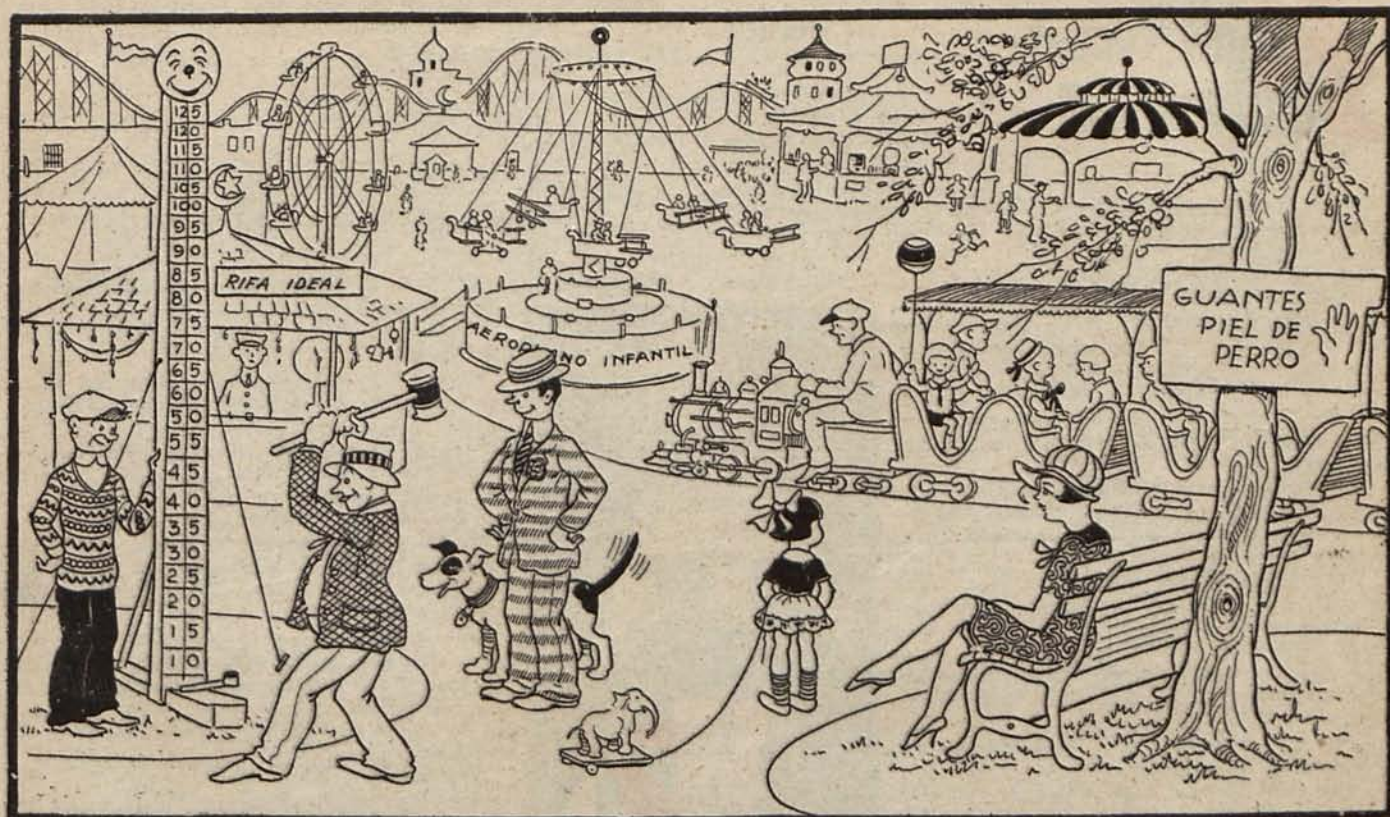


Siendo suscriptor a Pinocho se pueden comprar las tapas para encuadernar la Colección mucho más baratas (3 pesetas) que no siendo suscriptor (5 pts)

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

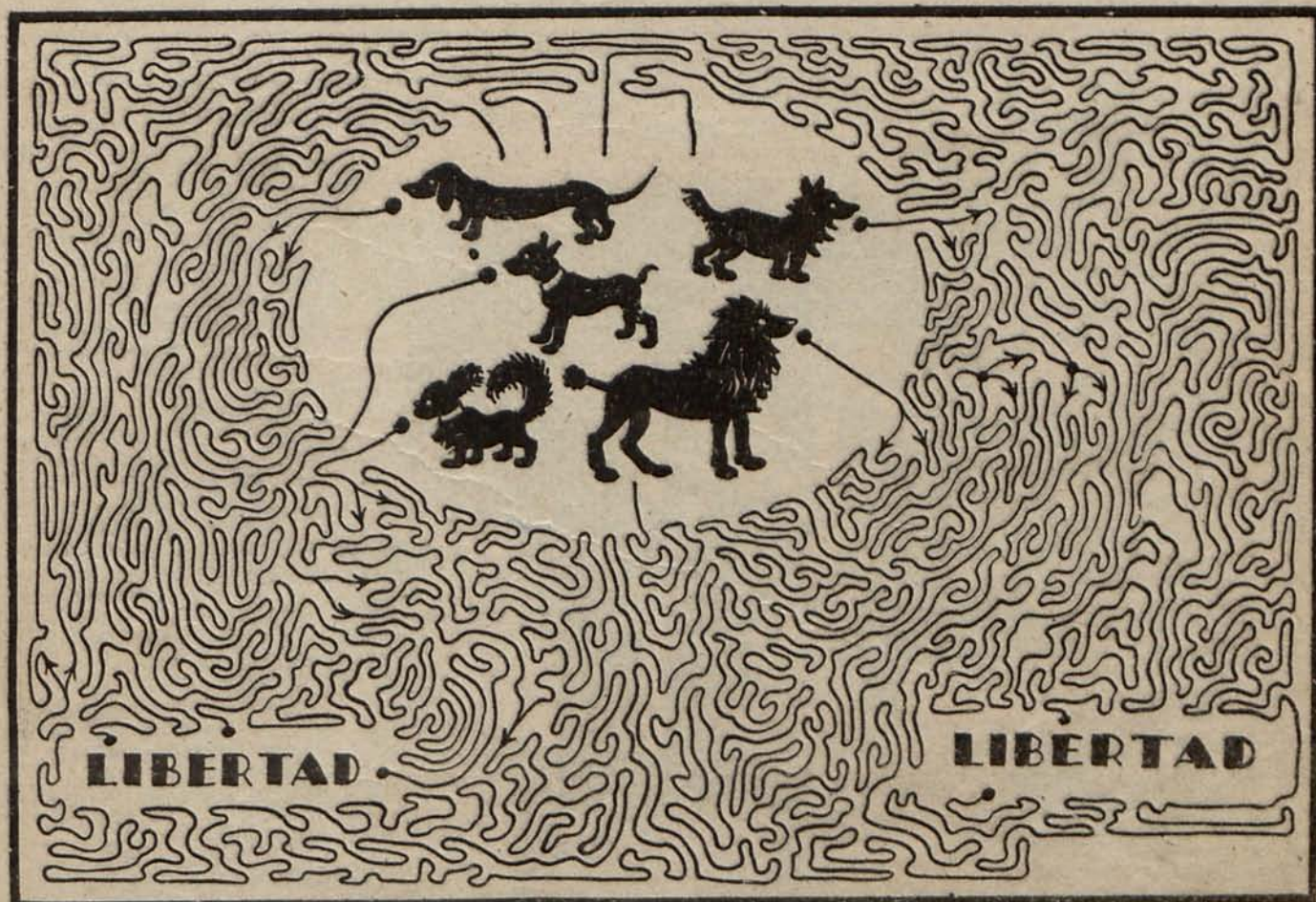
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA VERBENA



Todos habréis visto una verbena; por consiguiente, os será muy fácil hallar los errores que hay en el presente dibujo. Estos son seis bien poquitos, y uno de ellos, por ejemplo, es que uno de los aeroplanos del *Aeroplano Infantil* lleva las aletas en distinta dirección que los otros. ¿Cuáles son los otros cinco errores?

LOS PERROS ENCERRADOS



He aquí cinco perros que hay que poner en libertad. La cosa es bien sencilla. Tomad un lápiz y seguid un camino hasta averiguar cuál es el principio y el fin. Cuando lo hayáis encontrado poned un número en la bola correspondiente en el lugar donde dice *libertad*, y así sabremos a qué perro corresponde.



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

La leyenda de los cinco hermanos. —
Eran cinco hermanos mellizos.

Se parecían mucho entre sí y tenían, naturalmente, la misma edad todos; sin embargo, cada cual se diferenciaba bastante de los demás, sobre todo en estatura y volumen.

Así, Uno (les pondremos números, porque como no tenían nombre, esta es la manera que se me ocurre para distinguirlos) era chiquitín y finito; Dos era más alto, esbelto, muy guapo y de aspecto distinguido; Tres era el más alto de todos; al lado de los demás casi parecía un gigante; Cuatro venía a tener la misma estatura que Dos, pero era menos guapo y más basto; Cinco, en fin, era bajo, regordete, rechoncho.

Los cinco hermanos se querían mucho y no se separaban nunca; eran activos, ágiles y trabajadores, pero un poco tontos, incapaces de idear nada por sí mismos.

Afortunadamente, tenían para guiarles un padre muy listo y muy sabio, al cual obedecían fielmente, todos juntos siempre, cual un batallón bien disciplinado.

Gracias a las órdenes y consejos de este padre, los cinco hermanos eran, además de trabajadores, buenos y honrados.

Es decir, lo fueron hasta el día nefasto en que empieza esta historia.

Porque esta historia, como todas las historias, empieza en un día.

Figuraos que, bien porque el padre fuese ya viejo para mandar debidamente, bien porque escaseara el trabajo, sucedió que los cinco hermanos se hallaron en la miseria y sin tener que comer.

Entonces celebraron un conciliábulo secreto, a fin de resolver la situación por su cuenta.

El pequeño, Uno, solamente supo suspirar:

—¡Ay, qué hambre tengo! Quiero comer.

Entonces, a Dos, el guapo, el elegante, se le ocurrió, ¿quién lo creyera?, una verdadera abominación.

Dijo:

—Vamos a robar.

Así, al pronto, nadie protestó, aunque todos se estremecieron.

Entonces el grandote, Tres, bajó la cabeza y murmuró tímidamente:

—¿Y si nos castiga nuestro padre?

Cuatro tuvo la desfachatez de encogerse de hombros, y exclamó:

—¡Bah! Nuestro padre no se enterará. ¿Quién se lo había de decir?

—Yo —contestó una voz profunda, grave, solemne.

El que así habló, el único que con una sola palabra de dos letras dijo algo bueno, honrado, noble, valiente; el único que tuvo la energía de oponerse a tan reprochable designio, era el regordete Cinco.

Pero sus malvados hermanos no le hicieron caso.

Al contrario, se burlaron de él, le insultaron y hasta acabaron pegándole.

Esto no nos sorprende.

El que se propone robar, ¿qué tiene de particular que pegue a su hermano?

Por último, fingiendo despreciarle, pero, en realidad, porque les avergonzaba su honradez, le apartaron, dejándole solo.

Y desde entonces, los cuatro hermanos siguieron juntos y unidos, mientras que Cinco, el pobre gordinflón, está solo, aislado.

No me preguntéis quiénes son esos cinco hermanos cuya historia os voy a referir, tomándola de una antigua leyenda árabe.

Los conocéis perfectamente.

¿Cómo que no? ¡Vaya que sí!

Adivina adivinanza. ¿Quiénes son?

No, no os lo digo; buscadlos, bien cerca están; vedlos. ¡Si los tenéis... ¡mano!

PIRULA, BORDADORA

Elefante a punto de cruz. —El elefante es un animal simpático.

¿No os parece?

Este paquidermo...; porque el elefante es un paquidermo.

Vaya, no os enfadéis conmigo; ya me figuro que lo sabéis; como que sois unos niños muy cultos.

Pero, ¿a que no sabéis que, además del elefante, y del hipopótamo, y del rinoceronte, y otros más, también es un paquidermo el caballo?

Y ¿a que no sabéis que la palabra paquidermo viene del griego y está formada por dos voces: *paqui*, que significa grueso, espeso, y *derma*, que significa piel?

Y a que no sabéis...

Pero, no sigo; no quiero hacer con vosotros alarde de erudición; no tiene mérito alguno que yo tenga almacenadas muchas, muchas cosas en el serrín de mi cabecita de cartón, que para eso soy amiga del gran Pinocho y redactora de su semanario. ¿Verdad?

Volvamos al elefante.

Quedamos en que os es sumamente simpático, sin duda por lo grandote y lo bonachonzote que es.

También vosotros, los niños, le sois simpáticos a él.

En la India hay elefantes que sirven de niñeras; y hay que ver lo bien que cumplen su cometido y consideran a los niños que están encargados de guardar; ¡ay de quien intente acercarse a ellos!

En esta misma página tenéis un ejemplo de lo buenazo y paciente que es el elefante: le he colocado con las patas juntas, en equilibrio, en un espacio reducido, y de ahí no se mueve el pobre ni a tres tirones.

Y es que está esperando el pobre que lo copiéis a punto de cruz.

Podéis hacerlo lo mismo en un delantal o en un pijamita que en un sobre para la servilleta, una cortina o un babero.

Como podéis ver por el adjunto modelo de trajecito, este elefante a punto de cruz sirve también admirablemente para disimular el añadido de una franja de diferente color en una prenda del año anterior que se ha quedado algo corta; porque ¡cuidado que crecéis pronto, lectorcitos míos!

Por ejemplo, a un traje o delantal de color rosa se le añade una franja de igual tela en color azul marino y se bordan los elefantes en azul marino también.

Además, este adorno os dará una ocasión pintiparada para demostrar vuestra erudición:

«¿Te gusta mi elefante bordado? ¿Verdad que es un hermoso paquidermo? También lo son...»

Y luego:

«Tiene la piel durísima y gordísima, según significa la palabra paquidermo, que en griego...»

Claro que esto de ostentar lo que se sabe es muy feo y se llama *pedantería*.

Pero podéis añadir a vuestras explicaciones:

«... como dice Pirula.»

Y así quedáis perfectamente... y yo también.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

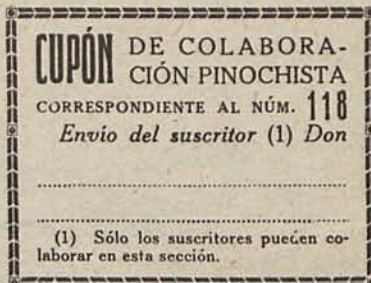
Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



A caza de nieve.
ELVIRA SERRANO.
Once años.



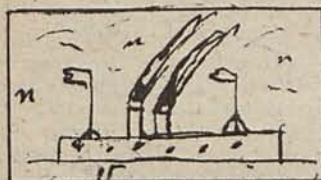
Mi prima Elena.
LUCÍA CASADO.
Ocho años.



Velázquez.
C. AYERBÉ.



Mi hermana Carmen lee
PINOCHO.
MANUEL NIETO MOLINA.



En alta mar.
MIGUEL GISPERT.



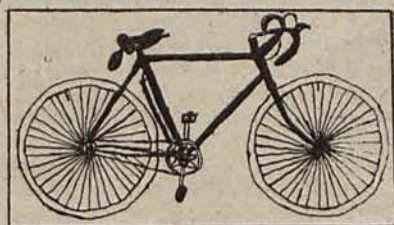
JOSÉ MANUEL SEVILLA.
Ocho años.



Mira qué tempranito sale la aldeanita.
MERCEDES REY.



Mi hermana Nina.
EUGENIA TREJOS.
Doce años.



Una bicicleta.
GABRIEL MONGE.
Diez años.



Mi tío Fernando.
MARGARITA MADRAZO. 10 años.



Colorín con su bicicleta.
SIMÓN SERRANO.

Juanito, millonario.

Una vez había un padre que tenía un hijo llamado Juanito; como eran muy pobres y no tenían para comer, Juanito quiso ir a buscar fortuna.

En medio del camino encontró un hada, que le dijo:

—¿Adónde vas?

—A buscar fortuna.

—Pues mira —le dijo el hada—, súbete encima de aquella montaña que se ve a lo lejos; la montaña es de cristal y necesitarás un bastón para subir; pero coge una rama del árbol que está al pie de la misma, y ella te servirá para subir; después encontrarás tres leones; les das este pan, y cuando se lo coman, los matas con la rama del árbol; después entras en aquel bosque, y debajo de un árbol que tiene la copa más alta que los demás, encontraras una caja llena de oro.

—Gracias, buen hada —dijo Juanito—. Y se fué hacia aquella montaña.

Después de andar muchos días encontró un río y una joven muy guapa que se estaba bañando; de pronto la joven, que era la princesa, se ahogaba; Juanito se tiró al río y la salvó.

—¿Quién eres tú que me has salvado la vida? —le dijo la princesa.

—Soy Juanito.

—¿Y adónde vas?

—A buscar fortuna a la montaña de cristal.

—Pues bien, cuando la tengas, en pago de haberme salvado, te casarás conmigo, pues ahora, como eres pobre, mi padre no lo querría.

Y Juanito se fué hacia la montaña de cristal, cogió la rama del árbol que le dijo el hada y subió con ella la montaña; cuando estaba arriba encontró los leones, les dio el pan, y cuando se lo comían los mató con el bastón, y debajo del árbol que le indicara el hada encontró la caja llena de oro.

Cuando volvía a bajar la montaña, encontró un ladrón, que le dijo:

—El dinero o la vida.

—Ni el dinero ni la vida, pues tengo que casarme con la princesa, y sin el dinero, su padre no lo querría.

Y con el bastón, como era mágico, le dió un porrazo que le dejó muerto.

En esto, mientras Juanito iba a su casa a buscar a su padre, pues como hacía tanto tiempo que faltaba de su casa, todos los vecinos tenían que darle de comer, Juanito dió dinero a todos los que habían dado de comer a su padre, y además para un hospital de su pueblo.

Después se fué a buscar a la princesa, que su padre quería casar con un príncipe; pero cuando iba a casarse llegó Juanito, y al ver que había matado al ladrón y que llevaba tanto dinero, los dejó casar y fueron muy felices.

MANUEL ARTIS.
Nueve años. Barcelona.

A Pirula.

En la mirada de Pirula brilla la sabiduría: lo mismo hace confituras que confecciona una cuna. Convierte de un sopetón un pez en un almohadón, y fabrica las muñecas como quien frie chuletas. ¡Oh, qué lista, qué listilla es mi amiga Pirulilla.

MARÍA TERESA URRUTIA,
Once años. Valladolid.

Chistes.

Dos mujeres fueron a comprar a una tienda y pidieron un biberón.

El dependiente.—¿Negro o rojo?

Una mujer.—Negro, hombre, negro, que va de luto.

¿Cuál es el colmo del silencio?

Hablar dos mudos en la calle del Callao.

Una institutriz pregunta a sus discípulos:

—¿Por qué cuando rezamos pedimos el pan de cada día y no el de toda la semana?

—Porque así tenemos el pan tierno todos los días.

ANGELES ALBIÑANA.
Once años. Valencia.

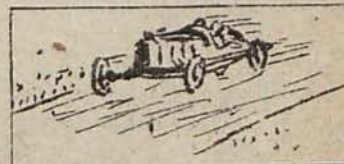
—Siento mucho verle tan malo de salud. ¿Ya consultó usted a un médico?

—Sí, señor. Tengo que tomar un baño tres veces al día.

—¿Cómo es eso?

—Así me lo ordenó el doctor, pues al recetarme me dijo que debía cumplir estrictamente las observaciones anotadas en la etiqueta de la botella, las cuales dicen: «Tomar una cucharada tres veces al día, en agua»; así es que cada vez que tomo la cucharada tengo que meterme al baño.

SIRO ESTEFANÍA.
Ocho años. Haro.



A noventa por hora.
ARACELI CASAJÚS.



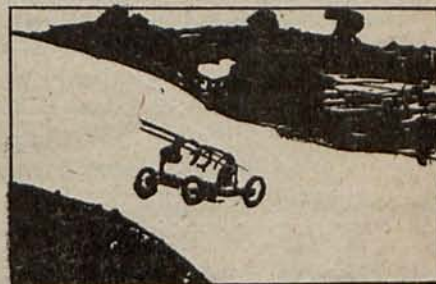
Don Turulato en su auto.
ELVIRA SERRANO.
Once años.



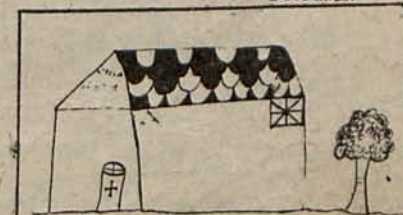
La tercia de mi Grand.
CÉSAR A. DEL CAMPO.
Once años.



Yusuf Ben Anru.
JOAQUÍN TENAS.
Diez años.



Carreras de autos.
VÍCTOR JOSÉ GIL.
Doce años.



La casa de muñecas que los señores Reyes trajeron a mi amigueta Lelia.
EUGENIA PEREYRA.—Cinco años.



—Vamos a ver, señor Pérez: En la oración «yo ato al perro», ¿cuál es el sujeto?
—Pues... el perro.
JULIO ZAHONERO.—12 años.



Perfil de mujer.
MANUEL NIETO
MOLINA.
Once años.



EL BUEN CORAZÓN
DE ANITA



Una boxeadora.
JOSÉ ALEMANY.



Pinocho, torero.
LUIS AYERBE.
Cinco años.



Chonón.
NIEVES BANDRÉS.



Cine Pinocho.
RAFAEL ESTÉBANES

El buen corazón de Anita.
JORGE V. RADAELLI..



El auto de Anita y Pinocho.
LUCÍA CASADO.—Ocho años.



Pinocho, Pirula y Don Turulato de excursión.
AURORITA CARRASCO.



Una pirulina.
VÍCTOR FERNÁNDEZ.



Escena de cuartel.
FAUSTO SUÁREZ.



Un gaucha.
F. S.
Diez años.

Erased un rey poderosísimo que tenía tres hijos: el mayor, que se llamaba Kuraya; el medio, que era muy sabio y se llamaba Saya, y el menor, que era poeta, llamado Flor. Llegó un día en que el rey quiso saber cuál era el más merecedor de la corona, pues, según él decía, el cetro lo debía obtener no el mayor, sino el más digno. Llamó, pues, a sus hijos, que vinieron, el mayor en un caballo negro de raza árabe y ricamente enjaezado; el del medio vino en una yegua corriente y trayendo una mula cargada de sus invenciones, y el menor, que venía andando, con una lira y unos poemas en la mano. Reunidos ya, dijo el rey:

—Vamos a empezar. A ver, Kuraya, ¿qué cosas has hecho durante el año?
—Yo —respondió Kuraya— he vencido a un gobernador del vecino reino y a unos salvajes de los límites.
—Pues yo —dijo el otro— he descubierto un veneno que sólo con olerlo mata.
—¿Y tú, Flor? —preguntó el rey.
—Yo, padre mío, dediqué poesías al sol y a la luna, a las estrellas y a las flores.
—¿Y nada más que eso has hecho? —rugió el rey, lleno de cólera—. ¡Vete fuera de mis estados!

Y mandó a sus guardias llevarlo a tierra extraña. Para futuro rey fué elegido el mayor, que se mandó construir un palacio y servir por cuarenta criados.

Pero sigamos con Flor. Una vez que se encontró entre los salvajes, pues allí lo habían llevado los guardias, se captó la simpatía de aquel pueblo inculto, enseñándoles cantos, poemas y a leer y escribir.

Algunos años después murió el rey y le sucedió en el trono su hijo, que hizo tantas barbaridades y aumentó tanto los tributos, que mató a disgustos a su hermano Saya, que veía que desde que murió su padre no había en todo el reino una sola persona feliz, y dió lugar a que todo el pueblo lo maldijera. Flor se había hecho caudillo de aquellos hombres, que le obedecían ciegamente; pero el recuerdo del país en que nació le indujo a volver a él acompañado de sus súbditos, y al llegar se encontró que el pueblo se había amotinado y gritaba: «¡Abajo el rey!» Entonces él con su dulzura logró vencer al pueblo para que lo dejaran. Entonces el pueblo, viendo en él un buen rey, le eligió para que le gobernase.

Y reinó muchos años en compañía de su hermano, a quien perdonó, siendo famoso en la historia del país y conocido por Flor el Bueno.

PAQUITO AZORÍN.
Once años. Córdoba.



Pinocho en las Palmas.
ANTONIO DE LA NUEZ.
Once años.



Un guerrero.
ÁNGEL UBEDA.
Falsct.

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE OCTUBRE NÚMEROS 85, 86, 87, 88 Y 89

PREMIOS Historietas.

Primer premio.—Benito Rodríguez, Marín (Pontevedra).
Segundo premio.—Lolita Morales, Valencia.

Cuentos.

Primer premio.—Josefina Rodríguez, Bimeda (Asturias).
Segundo premio.—Luis Castellanos, Madrid.

Dibujos.

Primer premio.—Fernandito Esteve, Madrid.
Segundo premio.—Herminio E. Urbani, Argentina.

ACCÉSITS CON DIPLOMA

Se conceden a los Pinochistas siguientes:

Historietas.

Alvaro Cobián, Poblet; Rogelio M. Longlín, Buenos Aires; Héctor Castillo; Manuel Ezequiel Bello, Montevideo; C. Espinosa; Juan José Ferrer, Madrid; Juan B. Estruchs, Sabadell.

Cuentos.

José Luis Gasca, San Sebastián; Angelita Cuevas, Santander; Pepin García Cernuda, Madrid; Pepita EliceGUI, San Sebastián; Antonio Vildósola, San Sebastián.

Dibujos.

Carmen Camio, Madrid; Mariano Urbia; Pablo Antonio Cuadra, Nicaragua; J. R. Arce; Manuel Ródenas, Albacete; Benavente, Ceuta; Pepita Belda; José Manáquer; Josefina Chico, Valladolid; Felipe Pastor, Valmaseda; Carmen Laguna, Valladolid; Salvador García, Letache; Jesús Capella; Concha Salla, Madrid; Francisco Galiana, Madrid.

Los premios consisten en libros de cuentos de Calleja. El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato (para publicarlo en la Revista) y que acredite ser suscriptor, puesto que los no suscriptores quedan excluidos de premios en estos Concursos. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que le haya correspondido acreditando asimismo ser suscriptores, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premiado con accésit».

Los Pinochistas americanos tendrán un plazo de cuatro meses para reclamar sus premios o sus diplomas.

REGALO A LOS AMIGOS

Deseando EL GRAN CONSEJO PINOCHISTA dar una prueba de particular estimación a sus amigos premiados en este Concurso, autoriza a cada uno de ellos para regalar a un amigo o amiga suya un mes de suscripción de nuestro Semanario inmortel, colosal y sin igual. Para esto bastará que el Pinochista premiado nos envíe el nombre y dirección del amigo a quien desee hacer este regalo, y nosotros le serviremos gratis el Semanario durante un mes.



QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero que me digas, mi querido buho, por qué suenan de modo tan distinto las cuerdas de un violín.

—O las de un contrabajo, o las de una guitarra.

—Bien. Quieres decirme que la razón es la misma para todos los instrumentos de cuerda.

—Exactamente.

—Pues por eso te pregunto por uno solo, por el que a mí más me gusta, que es el violín. Si la razón es la misma, me basta con que me contestes a la pregunta que te he hecho.

—Hay varias razones para que las cuerdas de un instrumento suenen de distinto modo. Una de ellas es el grosor o espesor de cada cuerda, otra su densidad, otra su longitud y otra el grado de tirantez en que se hallen. Una cuerda muy tirante vibra con mucha más rapidez que una cuerda que esté floja. Los efectos que esto produce en nuestros oídos son bien distintos: la vibración rápida, o sea la de la cuerda tirante, la percibimos como sonido agudo o nota alta, y en cambio la vibración de la cuerda que está floja produce un sonido recio y bajo, debido a que esta cuerda ha vibrado con más lentitud que aquella.

—Para eso están entonces las clavijas. Para hacer que las cuerdas estén más o menos tirantes.

—Justamente para eso, querido Chonón.

—Pero me has dicho que también la diferencia de sonido depende de la longitud de las cuerdas, y yo creo que las del violín son iguales de largas.

—¿Pero tú no te has fijado en la manera de tocar el violín?

—Muchas veces.

—¿Y no has visto el papel que desempeña cada mano?

—Espera un poquito que recuerde. Sí. Con la mano derecha manejan los violinistas el arco.

—Que supongo sabrás para lo que sirve.

—Me parece que es para hacer vibrar la cuerda.

—Muy bien.

—Y con la mano izquierda cogen el violín por ese extremo largo que no sé cómo se llama.

—Se llama el mástil.

—Y sobre ese mástil mueven los dedos constantemente.

—Pues esos movimientos los hacen para *pisar* las cuerdas.

—¿Pisar con las manos?

—Se llama *pisar* a la acción de oprimir las cuerdas contra el mástil. De esta forma se acorta su longitud y se producen variados sonidos. En la guitarra habrás visto que en el mástil hay unas pequeñas traviesas de metal que se llaman *trastes* y que señalan las diversas longitudes que hay que adoptar para que se produzca el sonido apetecido. Pero en el violín, en el contrabajo y en otros instrumentos similares, esta longitud se mide por cálculo, y de su exactitud depende el acierto de cada sonido. Un violinista será tanto más perfecto cuanto más habilidad tenga para *pisar* las cuerdas. Claro que a esto debe unir su sentimiento de artista para matizar las obras que interprete.

—Lo comprendo muy bien, querido buho. También me has dicho antes que la diferencia de sonido dependía del espesor de las cuerdas.

—Así es; y prueba de ello es que, si te fijas en las cuerdas de un

violín, de una guitarra, de un arpa o de un piano verás que las que dan los sonidos altos son mucho más delgadas que las que producen los sonidos bajos.

—Oye, buho, ¿y tú no has oído hablar de unos famosos violines que dicen que sonaban muy bien?

—Ya puedes comprender que a mi sabiduría no se oculta nada. Conozco esos violines. ¿Sabes cómo se llaman?

—Lo sabía, pero no me acuerdo.

—Esos violines llevan el nombre del fabricante que los construyó. Se llaman Estradivarius. Quedan pocos ejemplares de ellos, y son muy buscados por los virtuosos del violín. Esto hace que sean carísimos.

—Tendrán algún secreto.

—Tienen, desde luego, un secreto que nadie ha podido dar con él. Por este secreto se producen en estos Estradivarius unos sonidos ricos, agradables y armónicos. No se sabe si estriba en la construcción de la caja del violín, o en las medidas, o en la calidad de la madera empleada.

—El caso es que suenan mejor que todos, ¿verdad?

—Ese es el caso. En ninguno como en ellos se producen armónicos más agradables.

—No sé lo que son armónicos; ¿quieres explicármelo?

—Las cuerdas, al vibrar, originan una onda sonora, que se llama onda principal y que, en realidad, es el *tono* de cada sonido. Poco después de esta primera onda siguen otras más débiles, que van amortiguándose poco a poco hasta extinguirse. A estas segundas ondas se las llama secundarias o *armónicos*. Cuando das un golpe en una campanilla o en un vaso de cristal oírás primero el sonido instantáneo que se produce en el momento del golpe; pero observarás que este sonido no desaparece en el acto, sino que queda el *armónico*, que va desapareciendo gradualmente hasta que lo dejamos de oír por completo. Precisamente lo que más importancia tiene en los instrumentos musicales son los armónicos. Estos se recogen en una caja llamada de resonancia, donde resuenan con más intensidad y donde, si la caja está bien hecha, mejora la calidad del sonido sin que unas ondas perjudiquen a las otras.

—Entonces, seguramente que el secreto de los violines Estradivarius está en esa caja.

—Ya te he dicho que es posible que así sea; pero también puede consistir en otras causas.

—Estoy sintiendo deseos de construir un violín; ¿qué te parece?

—Que si te lo propones lo conseguirás. No es cosa difícil. Claro que será un violín rudimentario, un violín de juguete.

—No aspiro tampoco a más. Lo voy a hacer con una caja de puros, una regla de dibujo, que me servirá de mástil, y unas cuerdas de una guitarra vieja.

—Tú tendrás violín, Chonón. ¿Pero sabes tocarlo?

—No. Ya aprenderé.

—Pues hasta que no sepas tocarlo no cuentes con verme por tu casa. No tengo ganas de volverme loco.

—Ni yo tampoco. ¡Ahí es nada lo que yo perdería si tú te volvieras loco!

—Más perdería yo. Bueno; quedamos en que me avisarás.

—En eso quedamos. Adiós.

—Adiós.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

A los comunicantes que firman su carta con los nombres de Pirula, María Luisa, Antonio y Ernesto.—He recibido vuestra carta de enérgica protesta contra el irreflexivo atrevimiento de una niña que publicó con su firma, en la sección de «Colaboración Infantil» de mi Revista, un verso que no es suyo.

Yo, en calidad de árbitro en este tan desagradabilísimo asunto, me sumo a la justificada protesta y envío vuestras letras, tal como vienen, a la firmante del trabajo para que vea el fruto que le ha proporcionado su censurable torpeza.

Por esta vez, y nada más que por esta, me permite mi condescendencia no sancionar el asunto con todo el rigor que merece; pero que sirva de provechosa lección para lo sucesivo, porque, de repetirse un caso semejante, sería inexorable el Gran Consejo en la aplicación del artículo 17 del Código Pinochista, que dice así:

«El colaborador infantil de PINOCHO que incurra en la desaprensión de apropiarse un trabajo que no sea suyo será descalificado como Pinochista; excluido de todo derecho a premio durante un año, y, lo que es peor de todo, será expuesto su nombre en la Revista de forma bien visible y con el apropiado comentario.»

Y nada más por hoy, queridos comunicantes. Agradecido a vuestra carta, os estrecho afectuosamente la mano.

Narciso G. Jiménez.—De tus tres preciosos dibujos, sólo podrá publicarse uno. El del paisaje andaluz. Los otros dos no pueden aparecer en las columnas de mi Revista porque el Gran Consejo Pinochista tiene acordado que no se publiquen caricaturas que tengan alguna alusión personal. Y conste que, artísticamente, son magníficas las dos que me has enviado. Ya sabes, pues, que debes orientar tus exquisitas facultades de dibujante por otro camino que no sea el de la caricatura personal, al menos en los trabajos que me envíes. Tuyo siempre.

Cesáreo Morel.—Muy bien, querido Cesáreo. Tus dibujos merecen todos los elogios. Aquí han gustado muchísimo, muchísimo. Irán a su tiempo. Morronguis, don Tuñato, Currinche, Tin y Ton te devuelven agradecidísimos los cariñosos recuerdos que les envías y un fuerte abrazo de mi parte.

Anita Mendizábal.—Tu dibujo debe de estar para salir de un momento a otro, a juzgar por la fecha que dices me lo enviaste. No puedo puntualizarte en qué número de mi Revista, porque no lo sé. No puedo saberlo. Es cosa difícilísima para mí saberlo. Si no, ya puedes comprender que con muchísimo gusto te lo diría. Saldrá, querida Anita, y muy pronto. Abrazos cordialísimos.

Mario García Nieto.—Los dibujos, muy bien; pero el cuento... El cuento no. Es mejor que no te haga comentarios. Ya puedes comprender por qué no. No hay necesidad de que los Pinochistas pasen un rato tan macabro como el que les proporcionaría la lectura de tu cuento. Ponle unos cascabellos a tu pluma, a ver si se alegra un poco, ¡que bien lo necesita! Muchos y apretados abrazos.

Paquito Crespo de Lara.—Las soluciones que me envías están magníficamente bien presentadas. Hay en ellas arte, pulcritud, buen gusto. Lo que no sé es si esas soluciones merecerán o no premio, porque eso es de la exclusiva incumbencia del Jurado que haya de fallar el Concurso. Yo celebraré muchísimo que su acierto esté a la altura de su estupenda presentación. Tuyo incondicional.

Ramón Vidal Grau.—Con lápiz no es posible. Ni aunque sean lápices de muchos colores. Lo tengo dicho infinitas veces. Hay que hacer los dibujos con tinta. Por lo demás, están muy requetebien hechos. Abrazos de Currinche, Colorín, Cañamón, Morronguis, etc., etc.

Pinocho

VIDA PINOCHISTA

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Marta Ishy.



Lulita Díez.



Daniel Camacho.



Lolita Cifuentes.



Alfredo Mateos.

ADEMÁS

DE LA COLECCIÓN CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

CUARTA SERIE



Precio 1,25 ptas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.

de los regalos anteriormente establecidos, los suscritores a PINOCHO por un año reciben ahora un BONO de VEINTICINCO PESETAS, que se admite COMO DINERO POR TODO SU VALOR para pagar un pedido de libros de CINCUENTA o más pesetas en la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Los suscritores POR UN AÑO que no hayan recibido este BONO pueden pedirlo a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, incluyendo un sello de 25 céntimos y lo recibirán seguidamente.

VALE por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escríbase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor no podrá usar este vale.

Si eres buen amigo de Pinocho, envíale hoy mismo este BOLETÍN DE SUSCRICIÓN



D., que vive en (Población.)
(Calle.) se suscribe desde el próximo número a PINOCHO por (1)

UN AÑO	} cuyo importe de	20 pts.
UN SEMESTRE		10 pts.
UN TRIMESTRE		5 pts.

remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28, Madrid.)
En a de de 192....
(Población.)

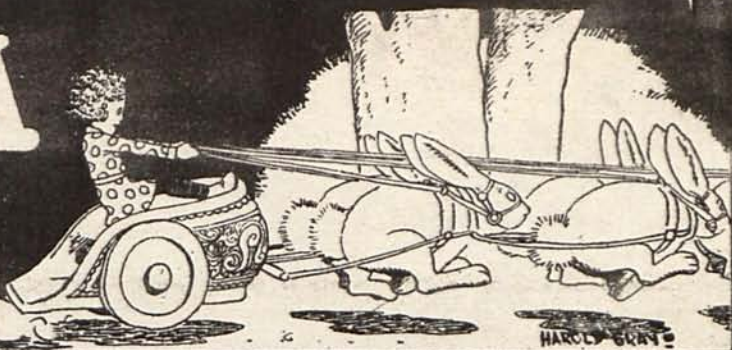
FIRMA:

(1) Bórrase lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellós (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GUNN



¡VAYA AUTOMOVIL BONITO QUE ME HA REGALADO MI PADRINO! ¡VOY A RECORRER MEDIO MUNDO!



¡Y MARCHA MUY BIEN. CASI NO OIGO EL MOTOR, Y ES MUCHO MEJOR QUE IR ANDANDO! ¿EH?



¡BUENO; NO ES JUSTO QUE YO VAYA EN AUTO Y TÚ A PIE. ANDA, SALTA, ¡ELUCHO!



ASI SE VA MEJOR ¿EH? Y TE DARÁS CUENTA DE QUE CON UN COCHECITO ASI PODEMOS IR A DONDE QUERAMOS.



¡CUANTOS NIÑOS QUISIERAN TENER UN AUTOTAN LINDO! ¡QUE BUENO ES EL PADRINO CONMIGO!



¡AHORA HA IDO A AMÉRICA A BUSCAR A EL DOCTOR QUE ME OPERÓ LA PRIMERA VEZ PARA QUE VEA LO QUE HAY QUE HACER CON ESTA MALDITA RECAIDA!



¡Y FIJATE SI QUERRÁ ESE DOCTOR A MI PADRINO QUE DESDE AMERICA VIENE SOLO POR CURARME!



¡CLARO QUE A MI PADRINO LE COSTARÁ MUCHAS PESETAS Y MUCHOS REGALOS!



YA ESTAMOS EN CASA. ¡QUE TARDE MAS HERMOSA HEMOS PASADO!



¿UN TELEGRAMA? ¿SERÁ DE MI PADRINO?



¡SI; DE ÉLES! DICE QUE HA LLEGADO BIEN, PERO NADA ME DICE DE SI VENDRÁ EL DOCTOR O NO!



¡YO NO ME IMPACIENTO POR ESO, ESPERAREMOS. DESPUÉS DE TODO NO PUEDO ENTRISTECERME TENIENDO ALLADO TAN BUENOS AMIGOS COMO TÚ

¡GUAY!

ASI EMPIEZA " PINOCHO EN EL FONDO DEL MAR "

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE, que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.)

I

PINOCHO, PREOCUPADO — ¿QUÉ SERÁ? — EL PROYECTO DE PINOCHO

PINOCHO SE SUMERGE



AY que reconocer que Pinocho era infatigable. Apenas terminaba una aventura, ideaba otra. En cuanto se curó el constipado que le produjo su viaje a la Luna, empezó a madurar un nuevo proyecto. Los amigos le veían pensativo y cabizbajo, paseando con las manos a la espalda y hablando solo.

—¿Qué ideará Pinocho? —se preguntaban llenos de curiosidad. Alguno procuró sonsacarle y averiguar algo con hábiles preguntas, pero Pinocho, o no contestaba o desviaba la conversación.

¿Qué proyectaba el intrépido aventurero?

Su vida era misteriosa. Veíasele a menudo pasear junto al estanque del Retiro, de Madrid, y quedarse largas horas contemplando el agua.

Otras veces era ante las pescaderías donde se estacionaba, mirando con escrupulosa atención calamares, besugos, langostas, merluzas, salmonetes....

Y si en algún teatro se anunciaba *Marina*, Pinocho no faltaba a ninguna de sus representaciones.

Los amigos empezaron a sospechar que el pobre muñeco estaba trastornado.

Pero Pinocho sonreía enigmáticamente.

Nosotros, que lo sabemos todo, vamos a sacar de dudas a nuestros lectores. Pinocho no estaba loco, no. Pinocho proyectaba sencillamente visitar el fondo del mar.

¡El fondo del mar! ¡Ahí es nada! ¡Descubrir tantos misterios ocultos a la mirada del hombre! Sólo Pinocho era capaz de idear y llevar a cabo semejante empresa.

Lo primero que hizo nuestro héroe fué acostumbrarse a permanecer bajo el agua. Y esto lo consiguió de la siguiente forma: todos los días, durante un mes, metía la cabeza en un cubo de agua.

El primer día resistió unos segundos, el siguiente, un poco más; el tercero, más, y así sucesivamente hasta que llegó a acostumbrarse de tal manera que al cabo del mes se quedaba dormido dentro del cubo como si tal cosa. ¡Lo que puede la constancia!

De todos modos, y por mayor precaución, adquirió una escafandra. (Supongo que ya sabréis que una escafandra es un casco perfectamente cerrado, con unos grandes redondeles de cristal, que los buzos se colocan en la cabeza para meterse en el mar. Si esta descripción no os basta, preguntad a papá o a mamá.)

Una vez que Pinocho tuvo la escafandra, lo primero que hizo fué probársela. ¡Oh contrariedad! La escafandra le estaba bien por todas partes menos por la nariz. No había medio de meter la nariz.

En vista de esto Pinocho cogió la escafandra y la hizo un agujero, por el que pudo al fin sacar triunfalmente su nariz magnífica. El obstáculo estaba vencido.

Después adquirió un hacha de abordaje en muy buen uso, y ya todo dispuesto, marchó a San Sebastián, y una tarde, a eso de las tres, se dirigió en una barca hacia alta mar.

Una vez allí, se puso la escafandra, porque a lo que estaba acostumbrado era al agua dulce, y después de probar, comprendió que en el agua salada la necesitaba. Y, encomendándose a Dios, se dejó caer en el agua y se sumergió.

Ya sé lo que estáis pensando: ¿cómo se arreglaría Pinocho para hundirse en el agua y no flotar siendo de madera? ¡Es muy sencillo! Pinocho, siempre previsor, había pensado en ello. Se había metido en el bolsillo algunos cuentos de esos que no son los preciosos Cuentos de Calleja, sino otros cuentos muy feos, y como son tan pesados, su peso arrastraba a Pinocho consigo.

II

UN ANTIGUO AMIGO — LAS FÁBRICAS DEL MAR

PINOCHO, ENAMORADO — BODA DESHECHA



El principio Pinocho se sintió un poco sobrecogido. Encontraba bastante diferencia entre el cubo de agua donde había hecho sus pruebas y el mar. En el mar había más agua indudablemente. Su impresión no duró más que un momento. Pronto se rehizo. Descendía lentamente. Junto a él pasaban millares de peces de todos los tamaños y de todos los colores, que le miraban asombrados unos y burlones otros. Pero Pinocho se sonreía de los peces de colores y seguía tranquilamente su camino.

De pronto tropezó con una cosa dura: era un banco de coral. Como estaba un poco cansado, se sentó en el banco. Allí cerca, perezosas como siempre, había muchas ostras aburridísimas y no pocas almejas. Pinocho pensó, al verlas, en esos niños que por no moverse no hacen nada, y que son como almejas sin cáscara.

Llevaba un rato sentado cuando oyó unas voces agudas que pedían socorro. Y vió que a todo nadar avanzaba un pececillo rojo. A poca distancia seguía un enorme tiburón con la boca abierta y dispuesto a tragárselo. El pececillo, mientras huía, exclamaba con acento lastimero:

—No me coma usted, señor Tiburón, que soy un pobrecito huérfano, y, además, estoy muy delgado; mire que no tengo más que espinas.

Pero el tiburón decía con voz aguardentosa:

—Es inútil, no te escaparás; aún no me he desayunado y tú me servirás de desayuno.

—¡Socorro, auxilio! —gritaba desesperado el pobre pececillo.

A Pinocho le pareció reconocer aquella voz. Mientras tanto, el tiburón se había acercado tanto a su presa, que ya se disponía a engullírsela cuando Pinocho, levantándose rápidamente, le dió un golpe con su hacha de abordaje y lo dejó muerto en el acto.

Al mismo tiempo oyó una voccecita que decía:

—Gracias, Pinocho; me has salvado la vida.

Muy asombrado Pinocho de qué supieran su nombre en el fondo del mar, se volvió a mirar al pececillo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó intrigado.

—Porque me ha hablado mucho de ti un tío mío, que fué muy amigo tuyo.

—¿Y quién es tu tío?

—Aquel bacalao que conociste hace tiempo en el vientre del tiburón.

—¡Ah, sí! ¿Y qué hace ahora tu tío?

—El pobre se arruinó en malos negocios, y como estamos en la miseria ha ido a venderle el hígado a un boticario de Gijón.

—¡Pobrecillo! Y tú, ¿cómo te llamas?

Yo me llamo Cola-vivita, porque al nadar la muevo muy viva y graciosamente. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Vengo a visitar el fondo del mar.

—Muy bien; yo te serviré de guía.

—Gracias, amable Cola-vivita.

—¿Y qué es eso que llevas en la cabeza?

—Una escafandra. Con esto no me ahogo.

—No seas tonto, Pinocho; quitate eso, toma esta píldora y así no te ahogará.

Y al decir esto le entregó una píldora

que se sacó de la aleta izquierda. Pinocho tomó la píldora y se quitó la escafandra, que le molestaba bastante, y vió que, en efecto, se encontraba tan a gusto como si estuviera paseando por la Moncloa.

Empezaron a andar. El pececillo enseñaba a Pinocho todas las maravillas del Océano. Vió las fábricas de perlas, donde una multitud de peces se dedicaba a su fabricación, mientras otros las embalaban cuidadosamente entre conchas y las expedían a todos los puntos de pesca.

Una de las cosas que más llamaron la atención a Pinocho, fué la confección de esponjas. Los agujeros los hacían con unas barretas de varios tamaños.

Pinocho dijo al pececillo:

—Amigo Cola-vivita: yo quisiera ver el reino de las sirenas.

—En seguida; para llegar antes vamos a tomar un cangrejo.

Pinocho creyó que se refería a los tranvías que se llaman «cangrejos» en Madrid; pero vió que Cola-vivita hacía señas con la aleta a un cangrejo auténtico que pasaba por allí y en el cual se montaron.

En un momento llegaron al reino de las sirenas.

Desde lejos se oían unos cánticos melodiosos. Era que las sirenas estaban ensayando esas canciones con las que atraen a los naufragos incautos.

La reina de las sirenas salió a recibir a Pinocho. Este la hizo mil saludos y reverencias. La reina le enseñó sus palacios y sus tesoros, y estuvo amabilísima. Sabido es que las sirenas son preciosas; figuraos cómo sería Su Majestad.

Naturalmente, el pobre Pinocho se enamoró de ella como un loco. Cayó de rodillas y le declaró su amor, diciéndole que ya no podría vivir sin ella, que su imagen le acompañaría hasta la tumba, y otra porción de lindezas por el estilo.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SALTURNO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO EN EL FONDO DEL MAR, y remitiendo su importe, 1,50 pesetas, y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.